



ENTREVISTA A

MIQUEL SILVESTRE

En esta ocasión hemos querido alterar los papeles: en lugar de esperar la crónica de Miquel Silvestre en uno de sus viajes en moto por las cuatro esquinas del mundo, le preguntamos por su nuevo libro, la nueva temporada de su programa de televisión, la experiencia de viajar y... muchas otras cosas.

Texto DAVID ZURDO Fotos MIQUEL SILVESTRE

Viajero incansable... o "cansable", pero siempre viajando. ¿Por qué?

He sido un viajero por accidente. Creo que mucha gente se sorprenderá de saber que a mí no me gustaba viajar. Me horrorizaba coger aviones, esperar en colas, llegar un fin de semana a un lugar desconocido y deambular confundido y despistado por laberínticas geografías urbanas. En mi juventud había viajado mucho por España pero para ir de fiesta en fiesta, de los sanfermines a las fallas, de cogorza en cogorza. También había salido a Ámsterdam y a Marruecos por parecidos motivos. Pero cuando se agotó el ansia festiva de la adolescencia y postadolescencia, me convertí en sedentario. Pero entonces descubrí la gran aventura de viajar en moto y todo cambió. Fue como una epifanía. Mi primer viaje en moto al extranjero fue el 15 de abril del 2008 y a Italia. Lo recuerdo porque fue la fecha en la que me concedieron la excedencia como registrador de la propiedad. Un año después ya había cruzado África en solitario. Viajar en moto me permite conocer el mundo por mí mismo, empaparme de los paisajes, culturas y gentes y, sobre todo, percibir en mi propia piel el cambio gradual de todo eso. Ya lo dice Kapucinski en Ébano, el ciudadano occidental cambia bruscamente de continente y estación, de Londres a Nairobi, del invierno al verano, y así, dice, no se puede conocer realmente. Yo veo el clima cambiar cada día y cómo se va oscureciendo el color de piel de la gente. La vida es una película sin cortes al viajar en moto.

¿Cómo es que estudiaste derecho?

Por tradición familiar y porque no sabía a qué dedicarme realmente. Yo quería escribir, pero no quería hacer periodismo porque no me parecía una carrera seria. De mi época universitaria, lo único que recuerdo de la Facultad de Periodismo es que era el sitio donde vendían hachís. Supuse que derecho me ofrecería un conocimiento general de una ciencia social. Y así fue. Pronto aprendí que el derecho es una herramienta que intenta conciliar pacíficamente los distintos egoísmos individuales y colectivos de una sociedad.

¿Qué es para ti la moto?

Un modo de conocimiento del mundo y de mí mismo. Sobre la moto se aprenden muchas cosas. Ves a la gente de muy cerca. Las personas sienten curiosidad y se aproximan, quieren hablarte, conocer quién eres, de dónde vienes. Ves los paisajes, te sientes dentro de ellos, conoces las inclemencias del tiempo y sus bondades. Tu cuerpo percibe inmediatamente si la temperatura baja o sube un solo grado. Es agotador viajar en moto, y ese agotamiento te hace comprender tu capacidad de resistencia. La motocicleta te concede el regalo de la libertad de movimientos. Vas donde quieres, cuando quieres y, además, vas solo. Te alejas de lo desagradable con un golpe de gas. No concibo otro modo mejor de viajar. Conocí a un australiano en Estambul que iba de Sidney a Oslo. Me contó cómo empezó a viajar en moto. Era mochilero y un día estaba en un autobús de la India. Corría peligro su vida en manos de un conductor drogado y con prisa. El autobús estaba atestado y olía mal. Tenía el codo de su vecino clavado en las costillas y le quedaban seis horas de viaje. Por la ventanilla vio pasar una moto de gran cilindrada, cargada de equipaje. Sorteó el tráfico con agilidad, adelantó al autobús y desapareció.

La matrícula era europea. Se dijo: "He visto pasar a Dios y yo quiero ser él".

Muchas veces te lo llaman: ¿eres un aventurero?

No, soy escritor. Vivo aventuras, me divierten, me enseñan quién soy, pero no es mi afán principal. Lo valioso de lo que hago es lo que escribo. Sólo quiero que me juzguen por mis libros, porque para mí ser aventurero es un capricho de niño occidental bien alimentado. Los verdaderos aventureros, a su pesar, son los refugiados sirios, los espaldas mojadas mejicanos o los que cruzan el Estrecho. Ellos viven aventuras terribles, pero preferirían venir en primera clase. Sólo los occidentales pagamos por pasarlo mal. Son las necesarias vacaciones del exceso de confort. Nuestras sociedades son tan confortables que necesitamos vacaciones de esa comodidad para poder disfrutar del calor cuando se tiene frío, del agua potable cuando se tiene sed o de un plato de arroz blanco cuando se siente verdadera hambre. Pero dormir en tienda de campaña o pasar penurias no me hace mejor ni diferente; sólo se justifica para mí si me ofrece material genuino para mis libros.



Victoria, compañera de viaje

¿Libros o viajes?

Libros, por supuesto. Los libros los escribo de viajes porque, como no tengo genialidad para imaginar argumentos de ficción, me coloco a mí mismo en situaciones extremas, disparatadas o chocantes, para que la vida misma y mi estupefacción me escriban un buen texto.

Siempre dices que no escribes ficción porque no eres un genio. ¿De verdad no has pensando volver a escribir novelas o dramas?

No me lo he planteado por el momento. Tal vez deje de escribir de viajes por lugares remotos y exóticos y, cuando tenga a mi hijo, escriba sobre la aventura de un padre primerizo y casi cincuentón. Seguro que lo que viva cuando eso suceda será más surrealista que lo que yo pueda imaginar nunca.

¿Cuál ha sido tu momento más crítico en cuanto a peligro durante un viaje?

Cuando me preguntan por momentos de peligro que haya vivido en mis viajes, sé que el interlocutor está esperando



Disfrutando de un paisaje desconocido

oír un trepidante relato de bandidos o terroristas, una especie de película de acción con malos de opereta, de la que el héroe sale ileso por coraje o por astucia. He vivido algún momento de tensión, de enfermedad o de temor a un ataque. De hecho, en mi libro *Un millón de piedras*, en el que narro mi viaje por África, cuento que fue en Mauritania donde más miedo he pasado al quedarme sin gasolina en la ruta a Nouakchott durante la época en la que había tres españoles secuestrados, o lo mal que lo pasé al caer enfermo en Namibia sin asistencia posible. Pero eso son episodios aislados. La realidad es mucho más prosaica. Mi vida ha estado en peligro muchas veces, pero no por imaginarios villanos sino por el muy real riesgo del tráfico. Nos alarman los actos del terrorismo internacional. Ese terror mata a cientos, tal vez miles de personas, pero no prestamos oído siquiera a los muchísimos cientos de miles de muertos y mutilados, millones, que deja la circulación al año en todo el mundo. Esa sí una auténtica pandemia que diezma la población de los países en vías de desarrollo. No sólo mata a mucha gente, sino que arroja sobre las maltrechas economías familiares el deber de cuidado de muchísimos inválidos a quienes no protege ningún seguro ni ningún organismo público. El tráfico rodado está llenando el planeta de lápidas en los arcones y de discapacitados en los pueblos.

¿Y el viaje más inspirador?

Mi primer viaje por Asia Central en 2008, narrado en *La emoción del nómada*. Recorrer la áspera antigua Unión Soviética y su feísimo post industrialismo socialista, para verme de pronto ante las estepas sin fin de Kazajistán y los edificios de indescriptible belleza de las ciudades de la Ruta de la Seda, en Uzbekistán, me conmovió hasta lo más íntimo. Allí tomé la decisión de convertirme en viajero profesional para mantener viva la intensidad emocional del viaje, y también allí me convertí al Cristianismo después de más de veinte años de agnosticismo militante, lo que sin duda supuso un giro radical en mi enfoque del mundo y de la vida.

Cuéntanos brevemente alguna anécdota.

En mi viaje transafricano en moto llegué a la frontera de Zambia y Zimbabwe a mediodía. En el puesto fronterizo se respiraba hostilidad y mal humor ácido. Aquellos funcionarios podían llevar meses sin cobrar sus salarios. No había simpatía ni voluntad de hacer las cosas fáciles al jodido extranjero blanco. Solicité un permiso temporal de importación para la moto. El oficial de policía responsable me atendió en un cuarto cerrado. Estábamos solos. Explicó que mis documentos keniatá no servían allí, que su país no los reconocía, que yo debía ofrecerle un título oficial que demostrase mi propiedad, ya que la moto podía ser robada. Con la insolencia del desesperado, insistí en mi propósito de llegar hasta Ciudad del Cabo. Traté de demostrar a aquel policía los muchos kilómetros que habíamos recorrido ya. Si fuera robada, no habríamos llegado tan lejos. "Por favor", rogué, "comprenda usted que esto es muy importante para mí". "¿Importante?". El agente cambió de lado el palillo de



Con los masáis

dientes y me observó desde el otro lado de la mesa. Por fin masculló que dejarme pasar le resultaba muy difícil. ¿Difícil? ¿Había dicho difícil? ¡Diablos! Aquella oportunidad la cacé al vuelo. Difícil significa complicado, arduo, problemático, lo que tú quieras, pero es ante todo y sobre todo ¡posible! "Tal vez si usted me ayuda, yo pueda ayudarle a usted", sugerí esperanzado. El tipo me escrutó desde el fondo de la penumbra de sus ojos enrojecidos. Un brillo casi luciferino se asomó a ellos. Él también la había cogido al vuelo. "¿De cuánto es la ayuda de la que estamos hablando?". Propuse entonces resolver aquel litigio con la intermediación de un ex presidente norteamericano. ¿Qué tal Andrew Jackson? Fue un buen mandatario. Sin embargo, al policía le pareció insuficiente. Prefirió a Ulises Grant. Trato hecho. Y así fue como me ayudó a pasar aquella difícil frontera el décimo octavo presidente de los Estados Unidos, cuyo barbado rostro adorna los billetes de cincuenta dólares. El pobre Jackson, que aparece en los de veinte, demostró un poder de convicción mucho más endeble.

Sale a las librerías tu nuevo libro, con Plaza & Janés.

Operación Ararat, en efecto. Seguimos con la línea iniciada



con *Diario de un nómada*. Es el relato del viaje para rodar la serie documental de Laz de RTVE, en este caso un recorrido hasta Armenia para contemplar el monte Ararat desde Yereván. Como en el anterior título, se trata de narrar no sólo el viaje de aventura de un motorista, sino de revelar la intrahistoria oculta de una serie de televisión, de cómo diablos conviven y sobreviven tres tipos en Asia tratando de realizar un documental en el que todo es improvisado y que se salpica de anécdotas, encuentros no previstos, historias sorprendentes, tropiezos inesperados, discusiones, broncas y reconciliaciones. Los títulos de la serie *Diario de un nómada* para Plaza & Janés no son el mero libreto de la serie televisiva ni los escribe un “negro”. Son un producto literario independiente que puede completarse o no con los capítulos del documental. Son libros de viaje y, como todos los libros de viaje que escribo, son bastante más que una simple crónica de un recorrido. La diferencia con mis otros títulos es que en los de la serie ya no viajo solo, sino acompañado por los cámaras, y eso propicia situaciones y relaciones distintas. Creo que es interesante observar el cambio de prisma que supone el viaje en solitario, donde el viajero sólo tiene ojos y orejas para los extraños de paso que va encontrando, respecto al viaje en compañía, donde los colegas de trabajo se convierten en puntos de referencia fijos para describir el paso del paisaje, el tiempo y las gentes.

Háblanos de tu programa de TV, *Diario de un nómada*.

La serie *Diario de un nómada* es un producto absolutamente único en el panorama televisivo español. Es una auténtica serie de autor. Con un presupuesto mínimo yo la dirijo, produzco, protagonizo y edito. Filmo también muchas secuencias con cámaras subjetivas, y al llegar a España yo mismo monto la mayoría de los episodios. No es el modo habitual de trabajar en televisión, donde por un lado está la productora, por otro el guionista, por otro el presentador, el realizador, director y finalmente los montadores. Yo asumo todas esas funciones auxiliado por un equipo muy reducido, muy joven y muy comprometido con el proyecto. Ello es consecuencia de que *Diario de un nómada* nació como versión profesionalizada de mis vídeos de viaje amateurs para Youtube. En RTVE los vieron, después de que empezara a colaborar con el programa de Laz *La aventura del saber*, y me propusieron realizar una serie completa. Comenzó casi como un experimento, pero la primera temporada por Sudamérica funcionó mejor de lo esperado y ahora es un programa que está ya rodando su cuarta temporada.

¿Qué destacarías de los grandes exploradores españoles, un tanto olvidados?

Lo primero que tenemos que hacer es delimitar el concepto de explorador. Para mí un explorador es quien abre una ruta inédita y la documenta para permitir a otros seguir sus pasos. Los vikingos de Erik el Rojo llegaron antes a América, pero para mí no fueron exploradores, pues tras ellos no quedó un rastro que seguir. Fueron grandes navegantes, viajeros y aventureros, pero la exploración requiere que el viajero lleve un diario o un cronista que recoja el “cuaderno de bitácora” de

la aventura para que los demás puedan conocerla. Y en ese sentido creo que lo que destaco de nuestros exploradores es la bendita curiosidad que mata a los gatos, descubre continentes y permite avanzar a las sociedades. Cada uno de ellos tenía sus propias motivaciones para explorar, y es difícil establecer un común denominador común más allá de que a todos les movía la curiosidad. Todo explorador está siempre movido por el afán de conocer, de aprender, de ver por sí mismo. Luego, sin duda, hay otros motores: la búsqueda de gloria, el afán evangelizador, la necesidad, la persecución política o religiosa, el hambre de riquezas, el sentido del deber o la pura vanidad. Pero siempre, en todos ellos, latía una insaciable curiosidad.

¿Eres políticamente correcto? ¿Vas a contestar a esto de un modo políticamente correcto?

No me hago ese tipo de consideraciones. Digo lo que opino, algunas veces seré incorrecto pero no intento serlo a pro-



Delante de la fortaleza de Garda

pósito. Creo que no hay afán más conservador que el de intentar ser a toda costa un provocador.

Un lugar del mundo.

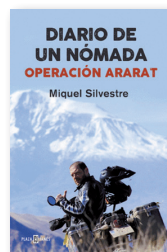
El mejor lugar para vivir, España. Por razones tan obvias que no hay que expresarlas. El mejor lugar para viajar, Turquía más allá de Estambul. Por razones que resultarán tan evidentes al que allí viaje, que es mejor no anticiparlas.

Una lección vital. ¿Qué has aprendido en tus viajes?

Que no soy mejor que nadie, pero que también tengo derecho a mi lugar en el mundo.

¿Qué retos te planteas para el futuro?

Ser un buen padre. Mi mujer está encinta y lo que se nos viene encima me tiene desconcertado, emocionado, impaciente y temeroso. Me doy cuenta ahora de que, hasta sus quince años, tendré que proteger a mi hijo del mundo exterior, pero que de los quince a los veinticinco, tendré que protegerlo de sí mismo y sé que no tendré una segunda oportunidad. Pido a Dios que no me deje equivo-



Diario de un nómada. Operación Ararat
Miquel Silvestre
Plaza & Janés
320 págs. 17,90 €.